

---

# SOBRE LA "COMUNICACION ALTERNATIVA"

---

MARIO ARRIETA ABDALLA

**"Se habla de los medios de producción y decimos que éstos deben pasar a manos de los trabajadores a través de un Estado de carácter revolucionario, como administrador de estos bienes sociales. Cuando se habla de los medios de difusión, nos preguntamos, y les preguntamos a todos aquellos fantasiosos soñadores que creen que podrán detener nuestra irreversible marcha, que en manos de quién creen que deben estar estos medios".**

**Pronunciamento de la Central Sandinista de Trabajadores (CST). Managua, noviembre 1979.**

La pregunta que se hacen —y nos hacen a todos— los trabajadores de la CST de Nicaragua, plantea el fondo del problema de la información/comunicación —liberadora, paralela, alternativa, u "otra" — para el cambio, o como quiera que se llame la necesidad — vislumbrada y debatida teóricamente por comunicólogos y especialistas, pero que debe ser enfrentada objetiva y concretamente por los trabajadores en el trance revolucionario de convertirse en emisores de sus propios mensajes— de encontrar un escape al monopolio internacional de la información y de los medios de comunicarla, ejercido por intereses económicos de clase igualmente concretos.

La experiencia que tuvimos en nuestro primer contacto con los medios de comunicación en la Nicaragua de hoy, ilustra algunos aspectos del tema.

Llegamos a Managua, para asistir al Primer Seminario Latinoamericano de Periodismo en Nicaragua Libre, en la tarde del día 8 de noviembre pasado. Una vez en el hotel, nuestra primera mirada al televisor, instalado en el vestíbulo, se encontró con la "característica" del "Sistema Sandinista de Televisión", acompañada en el audio por una melodía que, como bolivianos, reconocimos inmediatamente: "La Pastora", interpretación del conjunto folclórico "los Jairas". Segundos después, la pantalla dio paso al siguiente programa: "Archie". . .

Sin mayor sorpresa, reencontramos el viejo problema de con qué alimentar los sistemas de difusión, (cine, radio, TV, etc.) cuando un país del llamado "Tercer Mundo", mediante una revolución política y militarmente triunfante, debe tomar a su cargo los medios de comunicación sociales para ponerlos al servicio ineludible de la construcción —o reconstrucción— nacional. Consultando el reloj, nos fue fácil imaginar que a esa misma hora (17:30) quizás también la televisión cubana estaría pasando su programación de "muñequitos", inalterable desde nuestra primera visita a La Habana, en 1961, hasta la última en 1973 (1).

Mientras en la pantalla se sucedían las peripecias del pecosco estudiante norteamericano, sus amigos y el infaltable director, seguidas con diversos grados de interés por el pequeño grupo de personas que allí se encontraban, la incongruencia de la situación nos resultó particularmente notable; entre el grupo de espectadores se destacaba un muchacho, aproximadamente de la misma edad de los personajes del dibujo animado, medio apoyado en un moderno "fal", con la familiaridad y la sultura que sólo el continuado manejo de las armas puede proporcionar. Bajo la boina verde-olivo, sus ojos seguían intermitentemente el desarrollo de las estúpidas —nunca lo parecieron tanto— aventuras del despreocupado grupo de jovencuelos. ¿Qué podrían significar para él, recién salido de los combates reales, con "aventuras" dolorosamente ciertos y con miles de muertos de carne y hueso entre sus compatriotas, los intrascendentes acontecimientos que,

con gran derroche de color y recursos técnicos, se proyectaban en la pantalla? ¿Qué podría significar para su pueblo, a punto de enfrentarse a la campaña de alfabetización nacional por la cual se pondrá fin a un analfabetismo que alcanza nada menos que el 70% de la población, la visión irreal de esas travesuras estudiantiles?

El programa concluyó; la "característica" del Sistema Sandinista de Televisión volvió a aparecerse y fue seguida de un impresionante documental acerca de la recepción que la población de Managua había deparado a los restos del Comandante Carlos Fonseca, trasladados el día anterior a la capital para ser sepultados con los sencillos honores que la Revolución depara a sus héroes. Era la realidad, que recuperaba nuevamente la pantalla y la conciencia de sus espectadores. Era la realidad, también, en la presentación descarnada de los problemas que debe enfrentar una revolución cuando debe iniciar la recuperación para su pueblo de los sistemas de comunicación/información recién heredados —con todas sus deformaciones estructurales y funcionales— de un pasado de alienación e ignominia.

Al día siguiente, pudimos escuchar las apasionadas exposiciones de los periodistas nicaragüenses, que recreaban las luchas libradas junto a su pueblo y bajo su protección por encontrar y mantener abiertos canales de comunicación paralelos a los manipulados por la tiranía de los Somoza, por los cuales difundir la información censurada y negada por ésta, para desmentir los infundios diversionistas, para comunicar —en suma— la verdad.

Pudimos enterarnos, por boca de sus protagonistas, cómo se implementó el llamado "periodismo (o información) de catacumbas", mediante el cual unos pocos primero, decenas luego, y finalmente centenas, se dieron a la tarea de redactar y difundir boletines informativos que eran leídos en las iglesias, una o más veces al día, eran grabados en "cassettes" por locutores improvisados, o simplemente copiados a mano para ser llevados a lugares más apartados o de mayor riesgo. Acompañando a los expositores en todo este recuento, llegamos con ellos hasta las instancias finales, extraídas de su experiencia directa: "**La información de catacumbas la hizo el pueblo**"; concluiría el radialista Freddy Rostrán; "**Seremos periodistas libres mientras nuestra Patria sea libre**", declararía Danilo Aguirre, del diario **La Prensa**.

El debate y los comentarios posteriores profundizaron y ampliaron la visión del papel cumplido por los medios de comunicación en Nicaragua. Desde las colectas populares, realizadas por los periodistas para poder pagar las multas que imponía el Código de Radio y Televisión —llamado por el pueblo "código negro"— y que debían ser cubiertas para poder levantar la clausura impuesta, hasta el curioso efecto de "feedback"—con seguridad jamás imaginado por los adeptos al mismo— desencadenado por "Radio Sandino" cuando determinó que en cierta etapa de la insurrección toda Nicaragua escuchara las radios de Costa Rica, para poder oír la emisora rebelde (2).

La experiencia de Nicaragua —como antes la de Chile, de Cuba y de Bolivia, para citar sólo los países en los que la revolución se consumó o estuvo a punto de consumarse— viene a sumarse al patrimonio histórico de los pueblos latinoamericanos, a su memoria colectiva, en la que se registran éxitos y derrotas, de tal manera que bien pudiera afirmarse, para fraseando la primera vieja ley de la termodinámica, que en la historia revolucionaria de los pueblos, nada se pierde, todo se transforma.

Y son justamente estas experiencias —precisamente por ignoradas o minimizadas— las que deben ser estudiadas por teóricos y especialistas. Especialmente por quienes propugnan la creación de "circuitos paralelos" o "comunicación alternativa", ya que en ellas se encuentran muchas de las posibles respuestas a los problemas que les preocupan.

En nuestro apoyo viene el hecho de que, en esos mismos momentos, mientras las experiencias del pueblo nicaragüense estaba siendo públicamente analizadas, al otro extremo del continente, en Bolivia, se proyectaba nuevamente al ámbito internacional una de las mayores y más exitosas realizaciones populares del continente, en cuanto a sistemas de comunicación "alternativos" se refiere. En efecto, a consecuencia del golpe militar del coronel Natusch Busch, ocurrido en la madrugada del día 1º de noviembre, en Bolivia se daba el caso de que —como resultado de la censura impuesta y de la huelga general decretada por la Central Obrera Boliviana (COB)— no circulaban los diarios ni salieron al aire las emisoras, y las únicas fuentes de información masivas eran el canal de televisión oficial, la radio del Estado y la de las propias fuerzas armadas.

En este contexto, los medios de **desinformación** masivos, manipulados por los golpistas, trataban de aprovechar el silencio interno y el control de las noticias al extranjero para dar a co-

nocer supuestos reconocimientos al autoproclamado gobierno por parte de diversos Estados, propalar pronunciamientos de apoyo a los golpistas, justificar las masacres, fraguar comunicados sindicales llamando al retorno al trabajo, etc.

El monopolio hubiese sido total y perfecto, de no existir el circuito de emisoras mineras, que eran captadas afanosamente por la población de todo el país y el extranjero y que se convirtieron en la única fuente de información confiable, a la que acudían periodistas y corresponsales extranjeros para elaborar sus notas sobre lo que estaba aconteciendo en Bolivia.

No pretendemos aquí exponer el tema de las emisoras mineras bolivianas (3), que no por ignorado deja de ser el caso más notable e importante en América Latina de empleo, propiedad y dirección de medios de comunicación masivos por parte de los trabajadores. Queremos, eso sí, llamar la atención sobre la curiosa circunstancia de que mientras se estudia y escribe bastante acerca de la prensa independiente en los Estados Unidos, sobre las emisoras radiales ilegales en Francia o distintas manifestaciones de la llamada "comunicación paralela" y se trata de establecerlas como posibles modelos de comunicación "alternativa" para nuestros pueblos, se desconocen las experiencias concretas de cómo éstos han implementado sus propios circuitos de información y comunicación.

Las emisoras mineras bolivianas existen, sin solución de continuidad, desde hace nada menos que veintisiete años; abarcan a las dieciséis empresas mineras expropiadas a los "barones del estaño" por la Revolución de 1952 y son propiedad de los trabajadores aglutinados en la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB), quienes determinan por sí mismos la totalidad de la programación, contratan o suministran directamente el personal técnico y de planta de locutores, redactores, reporteros, etc.

Más importante aún: son los trabajadores, por mediación de sus sindicatos y el personal a cargo de las emisoras —con tratado y bajo control de éstos— los que determinan, por sí y ante sí, qué es información y qué es noticia para ellos y sus familiares. No existe en toda América un caso de propiedad y control total y autónomo por parte de los trabajadores de un medio de la importancia de la radio que pueda compararse (4).

Naturalmente, mientras la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) ha mantenido su escrutadora mirada sobre el continente, tratando de avizorar el menor atropello a "su" libertad de prensa, jamás reparó en la sucesión de crímenes que se cometieron, especialmente desde 1964, contra las emisoras de los trabajadores (ignoradas olímpicamente, por lo demás, por buena parte de los propios periodistas bolivianos y los habitantes de las ciudades que no están directamente en contacto con las minas nacionalizadas), ocupadas por el ejército, dinamitadas o incautadas por los organismos de seguridad y control políticos, ni se molestó en averiguar los nombres de los radialistas balaceados ante los micrófonos abiertos, secuestrados, detenidos o muertos combatiendo en defensa de las instalaciones de sus emisoras.

Bastaría con repasar los pliegos de peticiones de los trabajadores mineros desde hace quince años, para encontrar, después de cada conflicto con el gobierno (propietario y administrador directo de la Corporación Minera de Bolivia), entre los primeros cinco puntos, inmediatamente después de "retiro del ejército"; "reposición de sueldos y salarios"; "liberación de los trabajadores detenidos (o indemnizaciones para sus deudos, según el caso)", **"devolución de la emisora de los trabajadores"**...

¿Cómo se mantienen las emisoras mineras? Naturalmente, no cuentan con subvenciones del Estado, ni de organismos internacionales, fundaciones o institutos. Tampoco dependen de la publicidad. Las sostienen los trabajadores, quienes en una admirable y palmaria demostración de conciencia de clase y de visión política, entregan puntualmente una cuota de sus míseros salarios para el sostenimiento de "su" emisora, la única en la que confían, a la que recurren en busca de noticias fidedignas, de opinión, no sólo "comprometida" sino propia; de la que reciben instrucciones en la hora del conflicto y del peligro, cuando se integran en cadena nacional todas las emisoras de los trabajadores.

Así pues, la más cabal respuesta a la pregunta formulada por los trabajadores de la Central Sandinista, proviene —aun si ella no llega jamás a ser formulada en palabras— de la Central Obrera Boliviana, de su experiencia concretada y triunfante: los medios de comunicación deben (y pueden) estar en manos de los trabajadores bolivianos cuando, a raíz de una situación similar a la que ahora vive Nicaragua —triumfo político y militar del pueblo organizado— se encontraron con que nadie puede elaborar y difundir mejor los mensajes de una clase determinada que los

propios miembros de esa clase.

También pueden atestiguar que, aun cuando la situación revolucionaria que posibilitó la expropiación de los medios de comunicación por los trabajadores involucre y desaparezca, los medios así obtenidos y empleados ya no pueden ser arrancados de sus manos ni por la represión más feroz, puesto que en el enroque histórico que los lleva a ocupar el lugar del emisor —real y directo—, que durante siglos les había sido negado, la voz propia adquirida sólo puede ser arcallada con el aniquilamiento físico, no de individuos, sino de la clase toda.

Y esto, precisamente en el capitalismo, es ya imposible.

Le Monde en español (Edición para América Latina, Abril, 1980)

#### NOTAS:

(1) No hay de qué extrañarse. En determinado momento, después de la independencia, más del 50% de las salas de cine de Argelia tuvieron que permanecer cerradas, al haberse cortado el suministro de películas francesas. Por otra parte, aún en países que se tienen por infinitamente más desarrollados que Cuba o Nicaragua, ¿con qué podrían ser sustituidos esos espacios de programación —especialmente de entretenimiento— que son cubiertos por "enlatados" y que llegan a constituir el 70, 80 e incluso el 90% de los tiempos de emisión?

(2) La explicación es sencilla; los equipos de Radio Sandino no eran, naturalmente, muy potentes y estaban permanentemente sujetos a interferencia electrónica. Durante el tiempo en que la emisora operó desde el frente sur, sus emisiones eran bastante bien captadas en Costa Rica, donde los radialistas decidieron grabar los principales programas y retransmitirlos, en muy superiores condiciones técnicas, desde sus emisoras que eran, esas sí, captadas perfectamente en todo el territorio nicaragüense.

(3) Objeto de una amplia investigación, con el concurso de los trabajadores mineros y el personal de sus radioemisoras, que esperamos esté concluida en junio de 1980.

(4) En este sentido, la efectividad de la radio —dada la situación de aislamiento geográfico que determina la ubicación de los yacimientos de minerales, el alto grado de analfabetismo que prevalece entre los pobladores de los distritos mineros, el carácter bilingüe y aun trilingüe que deben revestir los mensajes destinados a un público en buena parte de origen campesino y de habla predominantemente quechua y aymará— es incomparablemente mayor a la de cualquier otro medio. Esto es compendado desde un inicio por el proletariado boliviano, que accedió a la propiedad de emisoras de radio no sólo en las minas, sino en las ciudades, en las cuales ferroviarios, "fabriles", trabajadores de la construcción y otras poseen también sus emisoras sindicales.

